

Cap. VI – La espiritualidad salesiana en la praxis pastoral: el Sistema Preventivo

Caridad pastoral y caridad pedagógica.

1. La forma original de caridad pastoral.

La caridad pastoral comprende todo el servicio de la Iglesia al hombre: anunciar el Evangelio, promover las personas, animar la comunidad, cumplir las obras de misericordia, corporales y espirituales.

El Concilio la propone como camino de santificación a los que quieren involucrarse intensamente en la misión de la Iglesia: obispos, sacerdotes, religiosos de vida activa, seculares comprometidos.

La caridad pastoral **salesiana** tiene otra determinación más precisa que no la restringe, sino que la define mejor: es una **caridad pedagógica**. Es un amor que sabe crear una relación educativa: se expresa en la medida del adolescente, y del adolescente pobre que debe ser ayudado a abrirse, a descubrir la riqueza de la vida, a crecer.

Para este adolescente pobre, a veces escaso de valor, de educación, de palabras y de pensamiento, la caridad del salesiano debe llegar a ser signo legible del amor de Dios. Es, pues, una caridad que sabe llegar a los últimos a los más humildes, a los que tienen mayores dificultades.

Algunos salesianos que trabajan en zonas de marginación refieren que una de las mayores dificultades que los muchachos de estos ambientes tienen al principio es precisamente la de expresarse frente a personas adultas extrañas, frente a las instituciones y a los que las representan, incluso la Iglesia. Las Instituciones son para ellos la imagen de aquel mundo organizado del que se sienten excluidos. El amor de los salesianos, que querrían ser instrumento de salvación para los más pobres, debe ser capaz de gestos que ayuden a asumir el propio desarrollo con alegría y esperanza, a abrirse a la confianza y al diálogo, también en el contexto de una vida depauperada y sujeta a condicionamientos.

Esto reproduce el gesto de caridad que Don Bosco tuvo con Bartolomé Garelli, que consistió en hacerle “reír”, haciéndolo sentirse a gusto. Al ardor espiritual esta caridad une, pues, la sabiduría, el tacto pedagógico y el sentido práctico, el optimismo educativo y la paciencia de quien debe sostener y cultivar los gérmenes de vida. Todo esto expresa lo que afirma Don Caviglia y retoma Juan Pablo II en la “Iuvenum Patris”: “Don Bosco realiza su santidad personal en la educación”.¹

¿Han tenido oportunidad de ver el ardor profético de algunos predicadores, en general no católicos, que en las plazas se hacen intérpretes del mandato de Dios de convertirse y anuncian el fin de los tiempos? Nadie puede negar que tengan amor y celo religioso. Pero ni siquiera nos sentimos capaces de afirmar que éste sea el “estilo” de la caridad “pedagógica” que escucha, comprende, ayuda y acompaña a las personas.

La caridad pedagógica demuestra ardor, pero también tacto, sentido común, medida y afecto. En una palabra, sabiduría paterna que enseña a afrontar la vida. El patrimonio de reflexión y experiencia sobre esta forma de caridad está expresado en las Constituciones con estas palabras: “Guiados por María, que fue su Maestra, Don Bosco vivió en el trato con los jóvenes del primer oratorio una experiencia espiritual y educativa que llamó ‘Sistema Preventivo’. Para él era un amor

¹ JUAN PABLO II, Iuvenum Patris 5, (1988)

que se dona gratuitamente, inspirándose en la caridad de Dios, que precede a toda criatura con su Providencia, la acompaña con su presencia y la salva dando su propia vida”.

“Don Bosco nos lo transmite como modo de vivir y trabajar, para comunicar el Evangelio y salvar a los jóvenes con ellos y por medio de ellos. Este sistema informa nuestras relaciones con Dios, el trato personal con los demás y la vida de comunidad en la práctica de una caridad que sabe hacerse amar”.²

Hay en este artículo 20 un conjunto de detalles en los que debemos fijar nuestra atención.

El Sistema Preventivo es llamado “experiencia espiritual” y no solo pedagogía.

“Se inspira en la caridad de Dios”: no es, pues, solamente resultado de investigaciones educativas, ni por lo que se refiere a sus fundamentos, ni por lo que se refiere a su práctica.

La experiencia nace y se desarrolla “en el trato con los jóvenes” y “en el oratorio”. Esto constituye el “humus”, la tierra donde se encuentran las sustancias nutritivas para esta planta. La experiencia no nace ni se desarrolla en los monasterios, en las bibliotecas, en la propia habitación...: lo que no quiere decir que todo esto no sea útil también para el salesiano.

“Informa nuestras relaciones con Dios”: el salesiano es un “tipo para el Oratorio”, también frente a Dios y en las cuestiones espirituales, inmediato y abierto, sencillo y espontáneo, confiado y festivo.

Se trata de reflexionar entonces sobre las actitudes que dicha caridad pastoral exige y crea, y sobre la práctica que requiere.

2. Las actitudes de la caridad pedagógica.

La primera es la **predilección por los jóvenes**. Cada salesiano, en quien obra la caridad, debe poder repetir con Don Bosco: “Entre ustedes me encuentro a gusto. Mi vida consiste precisamente en estar con ustedes”.

La consecuencia concreta de la predilección de Don Bosco por los jóvenes fue el elegir la juventud como campo del propio trabajo. A Don Bosco como sacerdote se le ofrecían otros campos con notables ventajas económicas, de prestidos y en orden a su propia realización. La opción de estar con los muchachos de la calle y con los pequeños obreros, renunciando a ser vicario parroquial, institutor de una familia acomodada, capellán de colegio o profesor de moral, marcó todo su camino posterior.

Lo mismo vale para Madre Mazzarello. El trabajo apostólico entre las jóvenes de su pueblo crea en ella aquella afinidad que la lleva aun encuentro “espiritualmente cálido” con Don Bosco, del que nace la expresión femenina de la espiritualidad salesiana.

Pero de esta opción determinante se derivaron dos consecuencias: dedicar a los jóvenes todo su propio tiempo y asumir sus problemas: la pobreza, el trabajo, la falta de educación, las dificultades del crecimiento, la ausencia del hogar.

También nosotros debemos poder asegurar que no estamos con los jóvenes “por obligación de horario”, “por oficio” o “por lucro”; que no estamos esperando el momento de retirarnos para poder dedicarnos a otra cosa que nos gusta más, o que consideramos más seria y profundo y donde ponemos nuestra principal preocupación pastoral, nuestro momento de distensión, o el punto más alto de nuestra vida espiritual.

² Const. SDB 20.

No nos consumimos espiritualmente entre los jóvenes para luego cargarnos de energías espirituales en otros momentos. Con ellos nos encontramos a gusto... ¡es nuestro momento espiritual!

En una versión actual lo expresa el CG 23: “Creemos que Dios ama a los jóvenes. Tal es la fe que está en el origen de nuestra vocación y que motiva nuestra vida y todas nuestras actividades pastorales”.

“Creemos que Jesús quiere compartir su vida con los jóvenes que son la esperanza de un futuro nuevo y llevan dentro de sí, ocultas en sus anhelos, las semillas del Reino”.

“Creemos que el Espíritu se hace presente en los jóvenes y que por su medio quiere edificar una comunidad humana y cristiana más auténtica. Él trabaja ya en cada uno y en los grupos; les ha confiado una tarea profética para que la realicen en el mundo, que es también el mundo de todos nosotros”.

“Creemos que Dios nos está esperando en los jóvenes para ofrecernos la gracia del encuentro con Él y disponernos a servirle en ellos, reconociendo su dignidad y educándoles en la plenitud de la vida”.

“La tarea educativa resulta ser, así, el lugar privilegiado de nuestro encuentro con Él”.³

Al comienzo de la vida salesiana y mientras nosotros mismos somos jóvenes aún, el estar con y entre los jóvenes es un movimiento espontáneo y hasta gratificante, sobre todo si somos capaces de sintonizar con ellos y somos recibidos con simpatía. Los jóvenes ejercen una cierta atracción por su vivacidad, su capacidad creativa, su deseo de vivir y de compartir.

Pero cuando se agota el deseo espontáneo, la decisión de “estar con los jóvenes” compromete la vida y requiere esfuerzo ascético. En un cierto momento comienza a costarnos estar físicamente con los jóvenes; más aún, estar psicológica y culturalmente con ellos, preferir su mundo a otros ambientes más cordiales y formales.

Hoy puede resultar hasta difícil. La edad de los jóvenes en período de educación es más alta, su libertad más amplia, sus comportamientos más variados y menos regulares, el diálogo más abierto sobre todas las cuestiones. Esto puede provocar una “huida”, un “abandono” progresivo del campo juvenil por parte de no pocos salesianos, bajo la impresión de no lograr comunicar con el lenguaje, con las aspiraciones o el tipo de vida de las nuevas generaciones. El trabajar en comunidad nos ayuda a integrar las aportaciones de todos: las de aquel que está particularmente dotado para el contacto con los jóvenes y las de quien puede dar sólo una aportación parcial y limitada.

Esto es tan característico de la espiritualidad individual y comunitaria que todo cuanto se ha hecho fue hecho con y desde los jóvenes. Del Oratorio y de los jóvenes fueron naciendo, al menos en orden de tiempo, las otras realidades que hoy componen el gran árbol del movimiento salesiano. De ellos surgió la Congregación y todo lo demás... ¡sin ellos, nada!

El lugar donde se regenera la Congregación, donde produce nuevas expresiones espirituales y engendra para sí nuevos miembros, inspirados por el espíritu, donde renueva el entusiasmo y expresa la creatividad carismática es el espacio juvenil. En él ha tenido lugar nuestro nacimiento y sigue siendo el continente de nuestra misión y nuestra “tierra prometida”. Nuestra espiritualidad no encontraría nuevas expresiones si los salesianos se alejaran de allí.

La expresión del artículo 20 de las Constituciones Salesianas, “Don Bosco vivió en el trato con los jóvenes del primer Oratorio una experiencia espiritual”, es válida también hoy. La caridad pastoral, en la forma como la viven los salesianos, crea, pues, esta actitud fundamental: la predilección por

³ CG 23, 95.

los jóvenes, que significa “estar allí”, “colocarse”, “volver” al lugar típico de nuestra experiencia de Dios.

Pero hay una segunda actitud: es **la confianza en los jóvenes**. La caridad salesiana tiene como criterio comenzar no por los primeros, sino por los últimos, no por los más ricos desde el punto de vista económico o espiritual, los cuales disfrutaban ya de atenciones y servicios, sino por aquellos que no saben a qué parroquia pertenecen, ni cuál es la escuela a la que deben ir. En estos jóvenes se debe suscitar una esperanza y despertar energías.

Para ello, es necesario que el salesiano, en virtud de su fe en Dios, que quiere la salvación de todos, crea lo que Don Bosco decía: “Todo joven, por desgraciado que sea, tiene un punto sensible al bien y es el primer deber del educador descubrir ese punto, esa cuerda sensible del corazón, y sacar provecho de ella”.⁴

La fe en Dios Padre y el acontecimiento de Cristo Salvador nos dice que nadie está definitivamente perdido. Todo joven lleva en su interior el signo del plan de salvación, en el que hay una promesa de plenitud de vida y de felicidad para cada uno.

Las tres biografías ejemplares que Don Bosco escribió hacen ver que es posible llevar hasta altos niveles la vida cristiana de quien está particularmente dotado (Domingo Savio); de recuperar a quien ha tenido un pasado menos favorable (Miguel Magone); y de acompañar hasta un desarrollo satisfactorio a quien dispone de recursos normales (Francisco Besucco).

La satisfacción espiritual del salesiano no es sólo la de proponer una meta a quien es capaz de volar a las alturas, sino de “salvar”: partir del nivel más bajo y elevar, ayudar a dar un paso. Ésta es también la participación del salesiano en la obra de Dios, participación que requiere fe y esperanza. El ejercicio constante de las virtudes teologales, pues, constituye la ascética del salesiano: capacidad de sembrar sin cansarse y sin tacañería, de dar siempre una nueva oportunidad, incluso cuando parece que los resultados no compensan, de ver la vida en todo su valor potencial como misterio imprevisible, siempre en espera de la acción de la gracia.

El buen educador es el que es capaz de dar y crear siempre una nueva oportunidad. Es el que nunca dice: ¡basta!

Por eso, decimos que las tres energías interiores que tiene el muchacho –religión, razón, amorevolezza- son también los tres aspectos y las tres fuentes de crecimiento para el educador. Él debe crecer continuamente en la fe, reconociendo la fecundidad de lo que Dios ha sembrado en la vida de los jóvenes a través de su palabra y su presencia; debe alimentar su optimismo, que es esperanza y confianza en el futuro de su trabajo; debe reconvertirlo todo en una caridad que es prontitud y capacidad de intervenir a favor de los jóvenes.

Todo esto ha llevado a repensar el concepto de prevención y preventividad. Tal vez para muchos significaba ocuparse sólo de muchachos y jóvenes que no han sido todavía alcanzados por el mal. Anticipar es ciertamente una regla de oro. Mas “prevenir” quiere decir también impedir la ruina definitiva de quien está ya en el mal camino, pero tiene aún energías sanas que desarrollar o recuperar. En la reflexión actual socio-pedagógica se habla de una primera prevención y de base, de una segunda de recuperación y de refuerzo, y de una última que logra detener las consecuencias extremas del mal.

Junto con la predilección por los jóvenes y la confianza en la gracia de salvación que obra en ellos, hay una tercera actitud: es **el amor manifestado en forma de afecto**.

El amor verdadero se refiere al bien absoluto del otro, que se desea y se busca como si fuese el propio. Ésta es la expresión fundamental, no unida a la simpatía recíproca entre los que se aman. Pero el amor del salesiano es, como decía Don Viganó, el que sabe hacerse corresponder, porque

⁴ MBe V, 266.

ha intuido que con esta correspondencia hace crecer al joven. Sintiendo estimado, éste aprende a estimarse, a tener confianza y a dar también él gratuitamente.

Podemos nosotros mismos recordar quiénes han sido los que han reavivado en nosotros deseos de superarnos y nos han dado valor para alcanzar incluso metas difíciles: son los que nos han demostrado estima, confianza, afecto.

Mientras que aquellos que nos han olvidado, ignorado o desestimado, han despertado en nosotros instintos de agresividad y sentimientos de desaliento. ¡El amor crea la persona!

Es el tema de la carta escrita desde Roma en 1884. Y también una conclusión de la experiencia educativa de Don Bosco. Cuando él era seminarista, los jesuitas, durante una epidemia, le ofrecieron hacer de asistente en una casa de campo que ellos tenían cerca de Turín, a la cual habían enviado a sus jóvenes estudiantes internos. Don Bosco aceptó la invitación para ocupar el tiempo, ganarse el pan y satisfacer su natural inclinación de estar con los jóvenes. Eran alumnos de escuela media; por tanto, de la buena sociedad.

Don Bosco no encontró dificultades en las relaciones con ellos. Les daba clases de repetición de griego, asistía en los dormitorios y, estando a sus palabras, tuvo en estos jóvenes excelentes amigos que le querían y le respetaban. Pero notó un detalle: la dificultad de influir profundamente cuando la relación educativa está “financiada” y el joven puede decir: “Tú haces bien tu oficio y yo lo reconozco. Pero yo te pago el servicio”. La relación no era gratuita. El joven hacía la experiencia de recibir un “buen servicio”, no la de ser “salvado”. Entonces se hizo una reflexión que el biógrafo nos ha transmitido: “En Montaldo pudo conocer la dificultad de adquirir sobre aquellos jóvenes el suficiente ascendiente necesario para hacerles el bien. Y se persuadió de que no era llamado a ocuparse de los jóvenes de familias señoriales”.⁵

Su modo de educar no funcionaba bien con aquellos jóvenes. Había una buena relación. Pero se trataba de una relación más bien de cosas que de personas. Era un intercambio de dinero por servicios, ambos prestados con perfecta gentileza y disponibilidad. Nacía de ello una relación de respeto y de amistad, pero no de gratitud. En cambio, el sistema que él experimentó después, estaba basado en la correspondencia de afecto gratuitamente dado y gratuitamente correspondido.

Saber desencadenar la confianza es un aspecto de nuestra caridad educativa, porque sólo donde ella existe es posible el trabajo de educación. Ésta, como dice Don Bosco, “es cosa del corazón”.

Refiriendo todo este discurso a la espiritualidad, no hay quien no vea cuánta ascesis y purificación requiere el estar a disposición de los muchachos, no para la propia satisfacción sino para su progreso: cuánta fe... hace falta para renovar la propia disponibilidad, para crear oportunidades de encontrarlos, para estar dispuestos a nuevas formas de comunicación, para comprender situaciones inéditas y así poderlos ayudar.

Es lo que expresa el artículo 15 de las Constituciones salesianas: “Enviado a los jóvenes por Dios, que es todo caridad, el salesiano es abierto, cordial, y está dispuesto a dar el primer paso y a acoger siempre con bondad, respeto y paciencia. Su afecto es el de un padre, hermano y amigo, capaz de suscitar correspondencia de amistad: es la amabilidad tan recomendada por Don Bosco. La castidad y el equilibrio abren su corazón a la paternidad espiritual, y hacen que en él se transparente el amor preventivo de Dios”.⁶

⁵ MBe I, 320.

⁶ Const. SDB, 15.